

SUCEDIO MAÑANA

el control de los alimentos, de las medicinas. La que ahora tiene que examinar la cuestión del café y el páncreas... Fíjate que siempre hay unas prohibiciones paralelas, unos organismos que son los que se ocupan de la salud, que son los que ejercen la represión. ¿Sabes por qué razones se prohibieron en Madrid los *sex-shops*? Porque el gobernador, que luego ascendió a ministro del Interior y que lo sigue siendo, encontró que violaban las leyes de la salud, porque vendían aparatos que podían considerarse como ortopédicos y elixires que podían ser medicinas, y todo ello sin el control de la Sanidad.

-Te vas desviando hacia el sofisma -dice el invitado, que comienza a mirar con otros ojos la cafetera donde todavía hierve el café, bajo la llanita azulada del alcohol de quemar-; una cosa es la creación psicológica del miedo, y otra cosa es la realidad de ciertos hechos. Y es un hecho que la sífilis asoló Europa durante siglos, que el tabaco es generador no sólo de cáncer, sino de otras enfermedades respiratorias, y que el café produce cáncer de páncreas. No hay mal posible en que nos centremos en los hechos en sí y los aislemos de su carga filosófica o psicológica y tratemos de preservar la salud y alargar la vida. En el supuesto de que alargar la vida humana sea un bien deseable.

-La sífilis, en efecto, se extendió por Europa; nunca tanto como la peste o el cólera, y otras epidemias; nunca tanto como las guerras, ni causó tantas muertes como ellas. Pero como «enfermedad del amor» era la más benigna: la sociedad causaba muchos más muertos, muchas más víctimas, en su manera de ostigar las formas libres del amor, o el adulterio, o las llamadas aberraciones y perversiones. Hoy mismo las represiones sobre la mujer por la maternidad no administrada por la sociedad, aquí o en el Irán, que son países gemelos en muchas cosas, causa muchas más desgracias que el uso, y aún el abuso, de la píldora. Pero pronto verás como en la España del postgolpe, en la España del complejo del video, se comienza a hablar de nuevo de la administración de la «píldora» y quizá de la reaparición del delito de adulterio, o del de escándalo público.

-No es eso, no es eso -dice alguien-.

-Y sin embargo, reaparece una forma lateral y clandestina de Ley de Prensa, castigando «apologías» y «publicaciones provocativas». Y el remedio de protección a la familia de Fraga ¿no empieza ya ese otro camino...?

El invitado de honor pidió vergonzosamente una taza de café. Empezaba a comprender la España del postgolpe.

-¿Y si el golpe no hubiera existido...?

-En primer lugar, ya existía. Un golpe de Estado existe siempre que se tenga que gobernar de forma que haya que evitar un golpe de estado, y no sólo los gobernantes, sino las formas de oposición del país plieguen sus actitudes a ello. Lo que no puede hacer o decir o legislar o acometer por miedo a que pueda producir un golpe de Estado es sensiblemente igual a lo que no se puede hacer, decir, legislar, acometer porque ya existe un golpe de Estado. Lo que sucedió fue una representación, una aparición del golpe de estado. Digamos que el teniente coronel Tejero se les apareció a los diputados en la noche del 23 al 24 de febrero, como se apareció la Virgen de Fátima a quien fuera para explicarles la necesidad de la conversión de Rusia al catolicismo. Las apariciones casi nunca pierden el tiempo: siempre piden algo concreto. Se está haciendo así siempre. Cuando fallaban las apariciones, se inventaban en el teatro: Calderón sacaba su «deus ex machina» en el escenario y sus voces del más allá repetían una y otra vez: «Obrad bien, que Dios es Dios...». Y no nos olvidemos que la relación entre Calderón de la Barca y la autoridad de entonces, el Rey, era estrechísima.

El invitado de honor estaba desolado. La España del postgolpe se perdía en sofismas, en elucubraciones: en bizantinismos. Hasta sus amigos, tan sosegados antes, tan ilusionados y tan crédulos en su propia humanidad, se habían entregado a lo onírico...

-Escucha -quiso decir-; la cuestión está en no mezclarlo todo, y en dar a cada muerte lo que es de cada muerte. El Congreso, el día 23, no asistió a un auto sacramental; y el páncreas es el páncreas, como el sexo es el sexo... Para saber la naturaleza del mal, hay que aislarlo. No hay que creer en las versiones teológicas de que el mal es uno y se expande, y se mezcla en cada acto de la vida cotidiana.

Se interrumpió por un ruido espantoso en la calle:

-¿Qué es eso? -dijo, medio levantándose-; son tanques, decenas de tanques sobre el asfalto...

Todos le tranquilizaron: son los camiones de la basura con su mecánica atroz y ruidosa. Y el invitado de honor se bebió su café. Para tranquilizarse. Y si hubiera tenido tabaco, hubiese fumado. ■

Y

A han pasado los diez minutos, los veinte minutos, la media hora que era el plazo señalado para

que llegara la autoridad competente a leer el bando militar al país. Tejero todavía no ha dudado. Después de poner a los diputados boca abajo, y culo arriba, ahora los tiene con las manos sobre los pupitres y mientras un héroe desconocido está al caer él se mira la verde silueta, las sienes de charol en el espejo de los mármoles del palacio y pasea con un pistolón conec-



tado al pulso entre caobas y lienzos como el profeta que anuncia una redención inminente. Dentro de diez minutos, de veinte minutos, de media hora a lo sumo vendrá alguien a quien él no es digno de desatar la correa de su guerrera y nos traerá a todos la salvación. Tejero en ese momento es un precursor armado, un Bautista loco totalmente fiable.

Los redentores suelen ser muy puntuales. Se han presentado siempre en el instante exacto de la Historia, pero ya se sabe cómo está hoy la circulación. Hace algunos milenios se podía tardar cuarenta años en atravesar el desierto del Sinaí, en el siglo XIX tal vez el general Pavía invertía media hora en cruzar Madrid a caballo, pero los redentores acudían siempre en punto a su cita, ya fuera la tierra de Canaán o el Palacio del Congreso, porque entonces no había semáforos ni furgonetas de reparto aparcadas en tercera fila. En el drama del asalto a las Cortes sin duda el momento más

grotesco psicológicamente es esa hora que sigue al plazo fijado para la llegada del héroe desconocido. Desde Tejero al último diputado todos están pensando en lo mismo. Lo más seguro es que el redentor haya quedado atrapado en cualquier atasco por la Cibele. A quién se le ocurre dar un golpe de Estado a las seis y media de la tarde en plena hora punta. También puede ser que el salvador de la patria no haya encontrado un taxi. Entre el furor de la irrupción con metralletas en el palacio y la soledad del energúmeno abandonado a su suerte en mitad de la noche está ese espacio de espera en que la democracia del país se puede salvar porque a un dominguero se le ha pinchado la rueda en un cruce estratégico de la

sacudiendo nuestros males a escopetazos. El terrorismo, la crisis económica, el paro, la inseguridad ciudadana son blancos sobre los que hay que vaciar el cargador. Por eso él está allí abriendo el camino al héroe misterioso que no acaba de llegar. El señor Tejero, futuro ministro de Cultura, habla por teléfono con García Carrés, futuro ministro de Asuntos Exteriores. Los dos se intercambian pensamientos profundos y gloriosos, se interrogan acerca de la esencia España que tiene alma de hidroeléctrica, se esfuerzan en darse ánimos ante la tardanza del redentor. Hay que resistir, todo es cuestión de minutos, está a punto de producirse un alzamiento general de tanques desde las cuatro esquinas, hay que aguantar

sigue bajo el imperio de la Constitución y sus habitantes, aunque lleven el ceño a media asta, unos por vergüenza y otros por frustración de coito interrumpido, cumplen el horario establecido en las oficinas, en los talleres y en las tiendas como si no hubiera pasado nada. Después del trauma terrible la vida cotidiana se recompone, Tejero es conducido a prisión, algunos generales son destituidos y procesados; el tinglado es lentamente desmontado, luego se produce una multitudinaria manifestación en favor de la democracia, los líderes políticos formulan tibias expectativas, el rito parlamentario, si bien entre candiles funerarios, sigue elaborando leyes en sesiones de tarde. Todo parece normal. Pero él ha llegado. El innombrable planea en la sombra con largas mangas de parafina. También en esto Tejero se ha equivocado. Aquel que él anunció pistola en mano para dentro de diez, veinte minutos a lo sumo media hora está invisiblemente entre nosotros, en el interior de cada demócrata. Todos nos hemos inventado o creado nuestra propia dictadura. En este sentido el golpe ha triunfado.

Mientras los conjurados descorchan champán en los sótanos y comen jamón en las celdas con tresillos y televisión en color, los demócratas españoles se han vuelto más cariñosos entre sí, se comportan con una cortesía de anticámara de gas. Una vez más España se ha dividido en dos: los que llevan los testículos en la frente y los que piensan que el antiheroísmo es la única forma de salvar a la patria. Se pueden hacer chistes fáciles sobre nuestros parlamentarios desplomados como sacos entre los escaños. Puede caer uno en la tentación de avergonzarse de su falta de valor. Sin embargo, a mí ese miedo me parece adorable, civilizado y creativo. Y el arrojado de Tejero, armado hasta los dientes contra unos señores indefensos, me parece una cobardía bastante sórdida. Sobre todo si se tiene en cuenta que el diputado más lerdo, comparado con este señor, es un Premio Nobel.

El escenario está ahora a media luz. Y en la penumbra de la trastienda se mueve a sus anchas el innombrable, aquel que iba a venir y no llegó a hacerse presente en el hemisferio. Cada español lo lleva en el corazón, unos en forma de terror, otros en forma de esperanza para la próxima. Con un poco de suerte cualquiera de nosotros hubiéramos podido nacer en Andorra. ■ M. V.

MANUEL VICENT

EL INNOMBRABLE HA LLEGADO

Carrera de San Jerónimo y se ha producido un colapso en la circulación que no deja avanzar a los tanques.

De haber triunfado el golpe, Tejero iba al Ministerio de Cultura y García Carrés estaba destinado para ministro de Asuntos Exteriores. Pero a medida que avanza la tarde del 23 de febrero este brillante porvenir se desvanece porque se sabe que la falta de puntualidad del salvador de la patria se debe a otras razones, a la duda metódica de algunos carros de combate y al envite del Rey en un póquer nocturno. A pesar de todo Tejero mira al reloj de pulsera y el portalón de la entrada alternativamente. Nuestro futuro ministro de Cultura todavía alimenta la esperanza de que resuenen de pronto en el pasillo las polainas de Dios que acude con la receta del Seguro Obligatorio. En ese momento el cerebro de Tejero aún está totalmente ocupado por una idea fija, hacernos felices a todos los españoles

a todo trance. Sin embargo, en la mollera compacta de Tejero comienza a penetrar la primera duda. Son exactamente las nueve de la noche. Lentamente Tejero va desarbolando su furor. En el duro caletre le ha entrado una levisima idea. Estos tios me han hecho la cama.

Después de una noche de vigilia, noche de cuchillos cortitos y de transistores larguísimos, el país ha amanecido con titulares en los periódicos que aluden al frustrado golpe de Estado. Ha fracasado el intento bananero de someter la libertad a las metralletas, pero en el aire queda la figura fantasmal, un uniforme de niebla que viste al redentor ausente en el famoso sarao. La gente acude al trabajo mientras Tejero se fuma un pitillo paseando la barriguita entre sus huestes y los intermediarios preparan las condiciones de su rendición. El espacio de las ciudades, el horizonte de los campos, el paisaje de España que se pierde en las nubes